

I

ECUMENISMO DOCTRINAL

DIMENSION ECUMENICA DE LA ECLESIOLOGIA

MANUEL GONZÁLEZ MUÑANA

Profesor de Ecumenismo - Córdoba

La Iglesia es siempre la misma. Está. Permanece. Conserva una continua identidad. Pero lejos de ella está el ostracismo, la inmovilidad, el estaticismo.

Es el pueblo de Dios en camino a través del mundo y de la historia. Pueblo en el que confluyen muchos pueblos, razas, naciones, hombres. Todos dejan marcada su huella. Todos aportan su propia experiencia y realidad. Esto lleva consigo:

- Una adaptación, desarrollo y manifestación constantes a la humanidad en su movimiento histórico.
- Una reforma permanente pues “Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma” (Dec. de ecum., n. 6).

- Una doctrina más completa que nos descubra cada vez con mayores y mejores fulgores la belleza de la Esposa y sea el vivo reflejo del Esposo en el momento actual.

Se impone en la Iglesia una movilización general. Un compromiso sincero en todos sus miembros, oficios, grados, estamentos... Un estudio más completo acerca de la naturaleza, esencia, misión, relaciones con los "otros".

Es necesaria esta revisión a fondo, cuyo primer gran paso ha sido dado en el Vaticano II, para obtener:

- Una figura más actual de la Iglesia.
- Una más honda definición de sí misma.
- Un caminar hacia la imagen del futuro distinta a la del hoy.

Hay que ir en una palabra a una Eclesiología más ecuménica. Más abierta. De horizontes más lejanos. El ecumenismo ha de ser una dimensión de todo lo que se hace en la Iglesia (Cfr. Congar, Diario del Concilio, 2.^a Sesión, Estela). Hay que caminar hacia una auténtica *ecumenización de la Eclesiología*.

En este breve ensayo me limito a dar unas pistas más o menos seguras sobre lo que pudiera ser una enseñanza más ecuménica de la Iglesia en nuestros seminarios, casas de formación e instituciones de cultura religiosa para seglares desarrollados.

I. IGLESIA EN SI MISMA

Más misterio

La Iglesia de Cristo no es algo fácilmente definible como en algún tiempo se creyó, no obstante la recitación del Credo todos los días en el Sacrificio Eucarístico, en el que ella se define a sí misma como misterio de fe en el que hay que creer.

La Viña del Señor es algo más que la simple congregación de fieles. El Vaticano II no se ha limitado a darnos ninguna definición concreta, capaz de limitarla en toda su honda riqueza. La ha descrito bajo diversos aspectos, reveladores to-

dos ellos de algún matiz especial del misterio en el que va envuelta.

Es un misterio nacido en Dios y que a El vuelve en procesión amorosa a través del tiempo, espacio e historia, a pesar de las frecuentes caídas y dificultades.

Esta naturaleza misteriosa, esta realidad preñada de la presencia divina produce en el estudioso la impresión, la grata sensación, de no poder jamás abarcarla, pero al mismo tiempo se siente inclinado por una fuerza irresistible a sumergirse en investigaciones, cada día más profundas, en el océano de su infinitud.

La verdad sobre la Iglesia ha de ser estudiada, formulada y estructurada no con definiciones solemnes, sino a través de esa inmersión en su intimidad, para desde allí, desde su mismo corazón y nervio auscultar, percibir y escuchar lo que ella misma dice de sí, siempre bajo la luz nítida que proyectan las Santas Escrituras y el Magisterio vivo.

Dinamismo vital y antropológico

La Iglesia estudiada exclusivamente como una sociedad gobernada por leyes, alumna constante del Magisterio jerárquico y considerada preferentemente como comunidad infantil en las acciones litúrgicas, queda convertida en Iglesia subdesarrollada y desentendida de la antropología espiritual, apareciendo ante los ojos de los demás como Iglesia-sistema, Iglesia-aparato, Iglesia-código en manos del clero, cuyos máximos representantes son los obispos, el Papa y muy especialmente las Congregaciones Romanas.

Tomada así la Eclesiología, como una ciencia de la jerarquía, de lo externo y funcional, se corre el riesgo de hacer una apología de la autoridad considerada esta en sí misma, aislada de su función pastoral de alimento y servicio al rebaño de Cristo. Estaríamos ante una Eclesiología seca. Eclesiología reina, lejos del Pueblo.

Muy lejos, por otra parte, de las enseñanzas de las Escrituras cuando nos dicen que: "No somos señores de vuestra fe, sino servidores de vuestro gozo" (2 Cor., 1, 24); que en la Iglesia existe un solo dominio: el de Cristo: "Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros hermanos" (Mt. 23, 8).

En las Letras Sagradas se nos habla más que de jerarquía —que ciertamente existe—, de Iglesia-viva. Iglesia-Cristo, guiada por el Espíritu y habitada por las tres Personas. “Iglesia deificación de la naturaleza humana” (Carlos Castro).

Comunidad abierta al mundo, con la misión no de dominar, sino de administrar y servir. Luz que ilumine a todas las gentes mediante su gran fuerza histórico-salvífica, de la aceptación de todos los valores humanos y de su mirada y corazón extendidos a todos los hombres, cristianos y no cristianos, para humildemente mostrarles que ella es el lugar de salvación, y el punto exacto en donde se ha de concertar la cita entre Dios y su criatura (Cfr. LG., cap. II).

Un eje: Cristo

La vuelta a la Sagrada Escritura que se está verificando entre los eclesiólogos actuales, hace que sus enseñanzas acerca de este tema se centre cada día con mayor precisión alrededor del eje histórico-salvífico de la revelación: Cristo, su persona y acciones.

La Encarnación del Verbo es el acontecimiento capital. En ella la Iglesia se puso en movimiento, tomó tierra y se unió definitivamente al mundo. Hacia este hecho histórico hay que dirigir los esfuerzos y en él ahondar para sacar todas las consecuencias que lleva implicadas. Cristo funda, ilustra e ilumina todo lo que hay que decir en materia eclesiológica.

La perenne reforma de la Iglesia ha de derivar de ese sentirse unida a El. Del saber que es reflejo de Cristo en la historia y que las sombras que en ella puedan existir han de irse eliminando mediante las continuas referencias a Cristo y el constante mirarse ante tal espejo, haciendo esfuerzos gigantes para permanecer fiel a su divino modelo.

Baño en el espíritu

Cristo en su venida organizó la Iglesia visiblemente. Cuando envió a su Espíritu e infundió su vida en la estructura. Nuestra Iglesia es una Iglesia “espiritual” sin excluir lo funcional y externo.

El edificio eclesial no es un amasijo inerte de piedra, cemento y hierro. Es un todo orgánico, vivo, animado, formado por "piedras vivas" (I Ptr., 2, 5). Es el Cuerpo de Cristo regado y bañado en su Espíritu, principio vital del todo.

Es la viña, la esposa, el olivo. No los huesos disecados visto por Ezequiel en su visión (Ez. 37). Es la portadora del "Pneuma".

Cristo, creó la estructura. El Espíritu dio la vida. Resultado: Pueblo de Dios estructurado y vivo. Esto es la Iglesia.

La fuerza del Espíritu constituye al organismo en un cuerpo franco, libre, al servicio de todos los hombres, lejos del triunfalismo, cuerpo evangélico y apostólico, con sumo respeto, cuidado y atención a la libertad y dignidad de la persona. El Santo "Pneuma" coloca a la Iglesia en actitud de apertura constante hacia horizontes alejados.

Una Eclesiología más "espiritual" quedaría ecumenizada en un tanto por ciento muy elevado.

Carisma, el reflejo de la Iglesia

Este baño en el Espíritu del que tienen urgente necesidad nuestros tratados, implica importantes consecuencias en orden a otros aspectos esenciales y no menos olvidados.

La naturaleza misteriosa de la Iglesia hunde sus raíces en la misión confiada a todo el Cuerpo a través del Espíritu derramado desde la Cabeza a los miembros; en el aliento "que sopla donde quiere" (Jn., 3, 8).

Lo carismático sirve de contrapeso a lo jerárquico. Ambos aspectos en franca concordia y armonía sana van adaptando a la Iglesia entre las diferentes circunstancias de tiempo, lugar, personas..., al momento actual de su enclave en la historia.

El carisma es el reflejo intuitivo de la Iglesia en su caminar sin desfallecer por el mundo.

Toda la Iglesia es carismática. En todos los cristianos, impregnados por el Espíritu, se dan, en variedad impresionante, carismas "según la gracia que se nos haya dado" (Rom., 12, 6), y con una finalidad bien determinada: "para la utilidad" (I Cor., 12, 7); en una palabra: "para la edificación de la Iglesia" (I Cor., 14, 12).

Una Eclesiología que hable exclusivamente del ministerio y sucesión apostólica fallaría en un punto trascendental en orden a dar una visión lo más aproximada posible de la Iglesia.

Ambos aspectos son esenciales porque:

- Carisma sin el ministerio de los pastores = desorden.
- Ministerio sin carisma = pobreza y esterilidad.

Más aún será propio de los pastores —citando las palabras del cardenal Suenens en una de sus más célebres intervenciones en el Concilio—:

- Detectar los carismas del Espíritu.
- Promoverlos y acrecentarlos.
- Escuchar diligentemente y con corazón abierto a los laicos, que todos y cada uno han sido enriquecidos con dones y carismas...
- Emular por sí mismos los carismas mejores.
- Haciéndose eco de Pablo en sus palabras a todos los cristianos y también a los pastores: “No pretendais extinguir el Espíritu. No desprecieis las profecías. Probad todas las cosas: quedaos con lo que es bueno” (I Tes., 5, 19, 21).

Fuerza de la comunión

Es preciso volver a la idea de Comunión cristiana. A la manifestación de la Iglesia como Comunidad viviente en:

- Unidad de sacerdocio, profetismo, reinado y santidad.
- En un solo Espíritu que recorre todos los miembros.
- En una misma Cabeza que rige y gobierna todo el Cuerpo.

Comunión en el ser cristiano. Distinción y jerarquía al servicio de aquella.

La fuerza de la Iglesia, presentada como una Comunión, es incalculable en vista al diálogo ecuménico. Las Confesiones cristianas, más que nuestra Iglesia, han conservado esta concepción eclesial y, aunque cayeran en otros errores, han mantenido este valor esencial, punto que puede dar una enorme luz para el acercamiento definitivo en el futuro.

Tensión hacia la meta

La Iglesia se encuentra en el “tiempo intermedio”. Dos grandes acontecimientos la limitan, aunque de ambos participa ya: el pasado, hecho todo él en Cristo y, el futuro aún por hacerse en plenitud en ella.

Es decir, la Iglesia está en camino. Conoce el principio y sabe cuál ha de ser su fin. Pero el pasado y el futuro no son realidades totales. Es todavía peregrina y la expectación y la esperanza son actitudes actuales en su peregrinar.

En esta situación histórico-salvífica es en donde existen limitaciones, virajes, cambios de timón bruscos por permanecer fiel a su pasado en Cristo y conservar la esperanza en la meta final.

La Iglesia ha de aceptar el momento actual convenciéndose plenamente que aún no está entronizada en el cielo. Marcha, ciertamente, hacia las alturas, pero aún está en el llano. Su final será la consumación total en la perfección, pero todavía está inacabada e imperfecta. Se dirige a la meta, pero ella no es en sí misma meta.

Debe, pues, permanecer durante el tiempo que dure su peregrinación sin aires triunfalistas, sin afanes por “glorias” falsas, aunque posea, ya aquí, los gérmenes del más allá.

No está todo definido, precisado, ultimado. A veces la Iglesia Occidental con su mentalidad romana ha podido causar esta impresión. Los Orientales nos lo recriminan.

Pero llegó el momento en el que la Iglesia en Concilio ha dado un paso definitivo en este sentido. Ha quedado abierto un nuevo capítulo sobre el que es necesario reflexionar seria y profundamente. Una nueva, aunque tradicional, dimensión de la Iglesia ha emergido a la superficie: *su tensión escatológica*.

II. LA IGLESIA Y LOS OTROS

Mirada a los hermanos separados, al mundo y a todos los hombres.

Concentrada en sí misma la Iglesia esforzándose por definirse mejor; hecha revisión de todos sus aspectos, principalmente de los más olvidados; y lograda una mayor adaptación al momento histórico, ha de dar el paso decisivo de una Iglesia en sí y para sí a una Iglesia para los demás, para todos los hombres, para los "otros", haciéndose eco constante de las palabras del Maestro: "Id y enseñad a todas las gentes..." (Mt., 28, 19).

A los hermanos separados estudiarlos, y conocerlos a fondo, reconociendo, admitiendo y asumiendo lo que tienen de verdadero.

EL PROTESTANTE es el hombre de la Biblia. El cristiano que hunde toda su espiritualidad en la Palabra de Dios. Su Iglesia es una comunidad a la escucha. Su Dios es el Dios personal que tiene siempre la iniciativa ¿puede existir fundamento mejor para una espiritualidad cristiana que la palabra contenida en la Sagrada Escritura?

Un mayor contacto y acercamiento de la Iglesia a la Reforma en el terreno bíblico la enriquecería no poco en el modo de comportarse ante la Palabra de un Dios que habla al hombre.

En el Protestantismo se conserva en todo su esplendor, y se le da la mayor importancia a uno de los pilares fundamentales sobre los que la Iglesia de Cristo tiene asiento: *la Palabra de Dios*.

EL ORTODOXO es el cristiano todo corazón derramado en la riqueza y vitalidad de su Liturgia, cuya cima y modelo es la "Teotokos", la madre de Dios.

EL CATOLICISMO resalta por su concepción de Iglesia-Institución, sin negar en momento alguno ni la Palabra, ni el Espíritu, Liturgia o devoción a María, pero el matiz jurídico-occidental-romano ha influido poderosamente y en ocasiones de forma excesiva en él, dando la impresión de ser una comunidad de poderes externos.

Se ha dicho que la Iglesia católica estaría simbolizada en el apóstol Pedro; el Protestantismo en Pablo y, la Ortodoxia en Juan:

Pedro = Poder

Pablo = Fe

Ortodoxia = Amor

Tres aspectos esenciales de la Iglesia de Cristo: Poder, Fe y Amor. La Comunidad católica conservó siempre los tres, no obstante cargó las tintas en Pedro y dejó en penumbra a Pablo y Juan. La Ortodoxia y el Protestantismo negaron, y aquí estuvo su error, alguno de los tres caracteres de la auténtica Iglesia.

Para una recta ecumenización de nuestros tratados es fundamental conjugar armónicamente: el poder (Pedro-Iglesia católica), con la "Palabra" (Pablo-Reforma) y con el "Amor" (Juan-Espíritu-Ortodoxia).

En una palabra: hay que ir hacia una Eclesiología más fundamentada en la Biblia, animada y conducida constantemente por el Espíritu y con una estructura externa al servicio de lo anterior. Hacia una Iglesia con Cabeza, Cuerpo y Corazón.

A todos los hombres. La Iglesia no puede sentirse lejos de ningún hombre, sea cual fuere su condición. Ha de solidarizarse con la humanidad y su destino. Es defensora de todo ser humano: "propter nos homines". Al servicio de todos: "Hacerse todo para todos".

Su afán de encarnación debe impulsarla hasta los más alejados rincones, a los países menos desarrollados o en período de infradesarrollo, distintos de las naciones y pueblos europeos y occidentales, continuando así el ejemplo de la Primitiva Comunidad Cristiana al abandonar Jerusalén y extenderse por el mundo conocido.

En esta adaptación a todos los países y culturas la Iglesia no solamente no pierde sino que se enriquecerá por la asimilación de todo lo bueno que encuentre a su paso, al mismo tiempo que su Palabra irá calando hondo para germinar más tarde en frutos de vida.

Esto es lo que la Iglesia desea: "ayudar y amar a todos los hombres de hoy" (Juan XXIII, 11-junio-1962, víspera de Pentecostés).

Para ello hay que lograr una presentación de la Iglesia no existiendo para sí misma, sino para los hombres, mirando a Jesucristo. Como un espejo en el que los humanos vean realizado ese orden nuevo de relaciones humanas que se ansía fundado en los cuatro pilares que Juan XXIII puso como cimiento en la "Pacem in terris": verdad, justicia, amor, libertad.

El mundo, lugar de cita de la Iglesia con los hombres, ha de estar muy patente en Eclesiología.

En la Iglesia la presencia del mundo y de la historia han de ser actuales. Ella no tiene intención de hacerse mundo o mundana, sino que intenta entrar en relaciones con él tal y como es, para ofrecerle el poquito de sal y de luz que el mundo pide y ella posee.

El mundo y la hora actual, no obstante las sombras que lo entenebrecen, tienen necesidad de Dios y anhelan salvarse. Únicamente hay que darle su sentido, una orientación: la auténtica dirección cristiana a todo el inmenso campo del trabajo, técnica, economía, política, arte, ciencia..., para llegar al encuentro con Dios cara a cara.

Aparecerá ante el mundo como la portadora de unas metas y fines comunes, sin barreras de raza, nación o pueblo; capaz de hacer un mundo único y una historia universal común. Posee la suficiente fuerza coordinadora para aunar todos los esfuerzos, hasta el presente estériles, que en este sentido se están llevando a cabo entre los hombres.

"La Iglesia lo mira (al mundo) con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y salvarlo (Pablo VI, discurso de apertura de la 2.^a sesión del Vat. II).

La Iglesia no se cansará jamás de repetir a toda la humanidad: "Venid a mí todos" (Mt., 11, 28).

Lenguaje

La forma como la Iglesia ha de expresarse ha de ser correcta, pacífica, leal y sincera. Sin ocultar asechanzas o intereses temporales.

Su lenguaje: un diálogo verdadero, sin traicionar el dogma, sino "ejercitando la verdad en la caridad" (Ef., 4, 15).

Sin olvidar nada. Sin crear confusiones. Sin hacer excesivas simplificaciones.

Eliminación de toda polémica que da pie a exageraciones que deforman la verdad y el error tanto por una parte como por otra. La Eclesiología católica ha hecho tanto hincapié en algunos dogmas, negados por los hermanos, que la verdad defendida con tanto calor perdía sus justas dimensiones y límites. Hay que llegar a la total eliminación de este atavismo polémico, puesto que la verdad eclesiológica no se ha de expresar necesariamente conforme a una, única y exclusiva formulación; por otra parte ya trasnochada, superficial en nuestro tiempo y, que da pie a la cerrazón, estrechez mental y lleva consigo el peligro constante de confundir la verdad con el propio modo de ver las cosas.

El diálogo es un signo más de nuestro tiempo actual, pasados los siglos de violencias y polémicas dialécticas. Hoy se tiende hacia un avance de la verdad en comunión, aportando cada parte sus talentos para una mayor profundización en la verdad y superación de las dificultades existentes.

Este ambiente universal de diálogo en el mundo de hoy no debe estar ausente de la parcela eclesiológica. Es precisamente la Eclesiología, como se repite con harta frecuencia, el terreno ideal para un diálogo eficaz. La verdad eclesiológica ha de estar abierta a los "otros", sin caer en la laxitud pero tampoco en rigidez, sino de acuerdo con su misma naturaleza de verdad eclesial, conforme a sus exigencias y a las exigencias de la persona interlocutada (Cfr. Decreto sobre Ecumenismo, número 10).

III. TEMAS ESPECIALES

La ecumenización debe empezar precisamente por aquellos puntos en los que se centran principalmente las grandes disensiones, ya que todo avance positivo en esta dirección supone mucho camino recorrido hacia la meta deseada. Solamente a través de ellos llegará el día soñado. Señalo algunos puntos neurálgicos en Eclesiología.

El Primado

La doctrina sobre el Primado ha de exponerse no como obstáculo o valla que estorba para la unión, sino como uno de los ejes centrales por donde ha de llegar aquella.

Cristo vino para allanar el camino y no para plagarlo de dificultades insalvables.

La defectuosa interpretación de esta verdad y el ejercicio encarnado de la misma en la historia han sido en numerosas ocasiones la "piedra" de tropiezo.

Pero en sí misma esta doctrina no constituye obstáculo alguno o no debiera constituirlo, dado su posesión pacífica a través de largos siglos cuando todo el "Rebaño de Cristo" pacía bajo el mismo cayado. La Sagrada Escritura y la Tradición nos confirman en esta afirmación.

Un paso al frente: Colegialidad

Las enseñanzas del Vaticano I han sido esclarecidas, completadas e iluminadas por la fuerte luz proyectada por el Vaticano II con la doctrina sobre el episcopado: su institución divina y derechos imprescriptibles.

El "Tu eres Pedro" (Mt. 16, 18) se ha coordinado armónicamente con el "Confirma a tus hermanos" (Lc. 22, 32). Sobre ambos poderes, Pedro y Colegio, está hecha la Iglesia. El poder personal del Romano Pontífice sobre la Iglesia universal no elimina el poder del Colegio Episcopal, del cual el Pontífice de Roma es miembro y cabeza, sobre todo el Cuerpo de Cristo.

Primacía petrina y Colegialidad episcopal son dos realidades a resaltar en Eclesiología en modo y forma armónicas.

Aquí existe la posibilidad de un gran paso hacia adelante en el campo ecuménico, dadas las simpatías que gran parte de hermanos separados, principalmente ortodoxos, anglicanos e incluso luteranos, sienten hacia el episcopado, pero que han estado, Dios quiera que hasta hace unos años, tropezando con un poder papal que estimaban absolutista en exceso y monárquico en demasía.

Pertenencia a la Iglesia

Toda la humanidad posee algo de Pueblo de Dios, de Cuerpo de Cristo:

- Judíos, la Alianza y las Promesas.
- Musulmanes, la fe en Abraham y en Dios remunerador.
- Teístas y ateos de buena voluntad, la búsqueda sincera de los valores nobles: lo bueno, verdadero, justo...

Siguiendo esta línea que es la del Vaticano II hay que ofrecer una Eclesiología que más que cerrar el paso lo quede abierto, aunque con las debidas distinciones de miembros "in re vel in voto", o la más actual de "mayor o menor plenitud" en la participación en la vida y estructura de la Esposa del Cordero.

Hay que sostener que "fuera de la Iglesia no existe salvación", pero hay que exponer convenientemente qué se entiende y hasta dónde se extiende realmente esa Iglesia dentro de la cual se alcanza el final feliz.

En una palabra la Eclesiología del mañana y ya del hoy, debe, teniendo como fundamento a la "Lumen Gentium", sentir un gran respeto y aprecio hacia todos los bienes espirituales que tienen tanto los hermanos separados, como los no-cristianos, tendiendo sus brazos a todos los hombres para introducirlos "plenamente" en el seno de la verdadera y auténtica Casa común, ayudándoles a abandonar su estancia en mesones aislados lejos del hogar paterno al que son llamados.

IV. EL FINAL

La ecumenización de la Eclesiología es una imperiosa necesidad para aquellos que tienen la obligación de explicarla y exponerla a los demás.

He intentado en estas líneas, breve y sencillamente, dar unas pistas muy generales para una posible puesta a punto

de nuestro tratado sobre la Iglesia en orden a nuestros alumnos, a los hermanos separados y a todos los hombres.

Que por nuestra parte no se regatee esfuerzo alguno, no para resolver el problema de la división de los cristianos que en su esencia más íntima es un misterio, como misterio es toda la Iglesia, sino para impetrar del Señor que se acelere su vehemente deseo de "que todos sean uno, como Tu Padre en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros: para que crea el mundo que tu me enviaste" (Jn. 17, 21); para que la Iglesia sea realmente el sacramento del encuentro salvífico.

Con mirada y corazón puestos en esta dirección podemos exclamar con Pablo VI: "La esperanza es nuestra guía; la oración, nuestra fuerza; la caridad, nuestro método al servicio de la verdad divina, que es nuestra fe y nuestra salvación" (Pablo VI, en la audiencia a los huéspedes y observadores cristianos no católicos en la 2.^a sesión del Vaticano II).

Y de esta forma: "Olvidando el camino recorrido, voy derecho hacia adelante, con todo mi esfuerzo, y corro hacia la meta teniendo ante la vista el premio que Dios nos invita a recibir, en Cristo Jesús" (Filip. 3, 13-14).